

PUMA Y TAPIZ



30 (tos)

PLUMA Y LÁPIZ

SEMANARIO DE ARTE

 ADMINISTRADOR J. A. Siburú	 DIRECTOR Fernando Santivan	 DIRECTOR ARTÍSTICO Cristóbal Fernández	 PRIMER REDACTOR Martín Escobar
--	---	---	---

Secretario: Daniel de la Vega.

Correspondencia al Director: Casilla 2443

□ Oficina de Redacción: Morandé 432 □

Administración; Suscripciones, Avisos, Informes,

□ □ □ □ □ Casilla, 2443 □ □ □ □ □

AÑO I

SANTIAGO, 6 DE SETIEMBRE DE 1912

NUM. 8

Lo que cuesta una revista

El público que hojea una revista semanal, displicentemente, con indiferencia mulsumana de crítico sagaz, no se imagina sin duda todos los trabajos que requiere la confección de una sola de sus páginas.

Hay revistas santiaguinas que cuentan con un personal de ciento cincuenta empleados, entre redactores, dibujantes y operarios, fuera de un millón de pesos en edificios y maquinarias, y todavía necesitan para salir semanalmente un sin número de trabajos, angustias, y sinsabores.

Desde que el fotógrafo y el repórter salen en busca de *novedades* y el redactor escribe sus artículos y el dibujante ilustra las páginas, hasta que el fotograbador hace sus clichés, y el tipógrafo *compone* el material de redacción, y el prensista lo imprime y el corrector lo limpia de errores, media tal cúmulo de dificultades que si cualquier lector se diera cuenta de ello tendría mucho cuidado antes de *criticar* al más pobre pasquin que cae á sus manos.

Pluma y Lápiz ha tenido que sufrir este calvario. Cuando meditamos en la pequeña y rápida jornada recorrida hasta el presente, nos asombramos de haber realizado tanto. Porque se puede decir que nuestra revista no se hace nada más que de buena voluntad... Buena voluntad

del administrador que se encarga de los exiguos fondos, buena voluntad de los redactores y dibujantes, buena voluntad de los impresores, y hasta buena voluntad de los que se encargan de venderla, difundirla... y de comprarla.

Con solo este contingente nuestra revista se sostiene y más que eso, tiene esperanzas de irse mejorando día á día, no tanto en calidad de material literario,—que ya ha tenido el honor de recibir en sus páginas lo mejor que produce nuestra literatura militante,—sinó en cuanto á su presentación tipográfica, calidad de papel, número de páginas, etc., etc.

El público podrá ir apreciando estos progresos y esperamos que sabrá corresponder, como hasta ahora, á nuestras buenas intenciones para servirlo.

Desde luego, podemos felicitarnos de contar ya entre nuestros compañeros de trabajo, (nos referimos al trabajo de confeccionar la revista), á uno más, al distinguido poeta don Víctor Domingo Silva, que desde de uno de los próximos números se hará cargo del puesto de director, mientras el actual se dirige al Norte á difundir la revista por esas regiones.

Y ya vendrán algunas otras novedades...

Al margen de los libros



SOIZA REILLY

¿Acaso no sufro yo algún mal moderno?

De nadie mejor que de Juan José de Soiza Reilly se podría decir que ha sabido a tiempo cortar la cola a su perro. Su originalidad le ha ganado un justo renombre; pues todo es bizarro en este escritor, desde su estilo hasta sus gafas quevedescas. Escribe a saltos, hace equilibrios de estilo, observa con agudeza y dice todo lo que desea y, á veces, mucho más de lo que se debiera decir. Ni es romántico, ni es simbolista, ni es parnasiano, ni es nada. Es él; un temperamento vibrante é inquieto hasta la tortura. Su personalidad está fuerade todo círculo y casillero. Alguien ha recordado á Nietzsche al glosar algún libro suyo. Talvéz el paralelo no tiene más acierto que por tratarse de dos «yoistas» á macha martillo, desdeñosos de la moral y de la vulgaridad de la vida actual. El hurafío filósofo de Zaratustra creyó seriamente en una posible superación de ideales basada en el aristocratismo de las fuerzas libres y en el advenimiento del culto del superhombre. Soiza Reilly, por la inversa, no cree en nada. Se burla de todo. Es un ironista feroz, brutal, á lo Rabelais. Y, mientras Nietzsche se volvió loco, él prosigue riéndose, con una risa digna del siete veces ilustre Jerónimo Coignard. «He nacido con dos almas—escribía al pié de una tarjeta obsequiada á un amigo.—Una es un reloj cronómetro. La otra, es un barril sin fondo... En el Japon, como en París, ó en Londres como en Santiago, soy siempre el mismo vagabundo que vuelca sus bolsillos llenos de estrellas. Mi placer sería no pensar. Por desgracia no hago otra cosa que pensar en el placer!... Si él lo afirma, fuerza será creerlo: es un vagabundo enfermo de inquietud y de desencanto. No oculta su tesoro sino que lo arroja a manos llenas por las ventanas abiertas de su espíritu. Tiene un no sé qué de parecido con el héroe de Daudet que perdió y perdió el oro de su cráneo hasta que con la postrera astilla se arrancó la sangre de sus venas. Todos, menos él, gozaron de la fortuna de su cerebro tosco. Viviendo de prisa, Soiza Reilly, á dentelladas con la vida, ya en el ocaso de su primavera, ha comprendido la tristeza de las cosechas estériles, i el cansancio de la lucha contra las estrellas. «Ese cansancio—dice en su último libro «Cerebros de París»—ha hecho de mis nervios un cordaje triste de violín enfermizo. Un cordaje sensible. Un cordaje que á veces llora de reir. Otras veces ríe de llorar! ¿Acaso su audacia comenzará ahora á derramar su desencanto? ¿Acaso una desilusion prematura comienza a roer el cordaje vibrante de esa su ironía demoledora? Despues de todo, la exaltación viril de su personalidad encontrará nuevos senderos hácia donde derivar; campos azules de ensueño abiertos á insólitas siegas de ideal. Si la amargura de haber poseído la vida con satánica locura hoy pone espantos a sus reparos futuros hasta ha-

cerle esclamar «¿Acaso no sufro yo algún mal moderno?» si esa amargura hoy enturbia la clara conciencia de su triunfo, es preciso que haga un equilibrio nuevo ó que dé un paso y una arremetida mas: «He dado treinta pasos en la vida—pensaba en 1910—pero siempre fueron hácia adelante. Cuando retrocedo hago como los toros: arremeto.» Que en la hora del caer de las hojas; en la hora del crepúsculo, la inanición es peligrosa y disolvente. Soiza Reilly ha derrochado enerjía; ha sacudido su vida como si fuese un árbol lleno de flores y de hojas. Ha vivido á saltos y á zarpazos.

Tal podría ser la biografía espiritual de este escritor. Su obra entera lo justifica y la completa. La originalidad de sus cuentos del libro «El alma de los perros», las escenas mediocres de sus obritas dramáticas ó los articulejos y las entrevistas, confirman la modalidad de un temperamento único, inconfundible. El jesto zumbon ó el arañazo del estilo; los suspensivos intencionados ó las afirmaciones categóricas; sus salidas de tono ó sus ironías sangrientas; todo ese tejido minucioso de los detalles contribuye á acentuar el cuño personalísimo de su literatura, compuesta en el correr volandero de una existencia vagabunda. Porque este hombre es un inquieto que ha sabido ser esteta, periodista improvisado y curiosocólogo en su carrera de «globe-trotter», sin recurrir al Baedeker, ni á los viajes redondos de la Agencia Cook. La forma en que ha cultivado su sistema de reportajes literarios ha iniciado una modalidad enteramente nueva entre la jente de la prensa periódica indoespañola. Ese su espíritu «frondeur»; que decía Manuel Ugarte, le conquistó la gran masa del público inteligente. Su ironía suele sacudir los nervios como una descarga eléctrica: entrevistando á D'Annunzio asegura que sentía deseos de ladrar como perro, y contemplando a Jorje Ohnet piensa que sus novelas se diferencian... «por el color de los trajes, ó por la ray a del peinado, ó por los comestibles de sus cenas... Esto demuestra en Jorje Ohnet una exquisita habilidad de hotelero y modisto.» No se puede pedir mayor mordacidad; y, sin embargo, del artículo que le dedica al novelador de «Maitre des forges», fluye un gesto amargo de compasión cristiana. Se pensara de una flor envenenada ó de un aguijón oculto en el pétalo de una rosa.

En su último libro «Cerebros de París», Juan José de Soiza Reilly es siempre el mismo, aunque agriado más y más por el hielo de una vida gustada siempre cuesta arriba y en contacto con los felices. ¿Siempre? Talvez el vocablo no es justo. Al lado de la tranquilidad burguesa de un Clemenceau ó de una Infanta Eulalia, pueden comprenderse las tristezas del que fué un Catulle Mendes ó del que es un Alejandro

Sux; la bohemia en marcha, la bohemia de hace siete lustros. Se pensara de un pasaje de la vida de Murguer ó de Glatigny al leer las siguientes líneas: «En la buhardilla de un séptimo piso, allá en el Barrio Latino, cerca de las nubes, donde el techo toca las cabezas y forma un ángulo de palomar, encontré a Sux con su mujer y con su nena. El hambre está con ellos. La miseria está allí. Yo la conozco bien. Fué mi amiga. Por eso al verla sentí deseos de gritarle: ¡Canalla!»

Como Peter Altenberg se goza él pintando á un hombre en un rasgo ó en una frase. Así, su estilo está en íntima consonancia con sus excelencias de psicólogo: si pretende hacernos sentir hondamente á Amado Nervo, nos dirá que «su domicilio es la iglesia»; si á Richepin que «toda su apariencia de tigre desaparece bajo sus carcajadas de muchacho travieso»; si á Tailhade: «Redacta Je dis Tout, nuevo periódico del bulevar. En el número de hoy leo su artículo: «Le Saint Office de la rue Cadet.» Habla de rinocerontes, de víboras, de monjas, de curas, de tigres, de renacuajos»...; si á France: «Detalles: Anatole France está divorciado de su esposa. Posee una sola hija. No vive con ella. Tampoco vive solo. Una sombra angélica, muy hermosa, muy divina y muy parisien, que lo acompaña siempre, ilumina sus filosofías con claridades de sol». Hé aquí pues el verdadero aspecto espiritual de sus retratados, ó más bien dicho, un aspecto genérico en sus modalidades literarias. Y agregad á todo esto el complemento decorativo de fondos admirablemente escogidos y comprendidos hasta las mejores sutilezas: un café, un rincón de biblioteca, una sala cualquiera, un teatro ó la calle misma. De tal modo desfilan Rostand y Bonafoux, Duran y Willette, la Mendes y Clemenceau,



Don Juan José de Soiza Reilly

(Caricatura de Fernández.)

ARMANDO DONOSO-

CRÓNICAS LITERARIAS

Por Felix Nieto del Río.

Acabamos de recibir la primera obra de don Félix Nieto del Río, con un sabroso prólogo de don Paulino Alfonso. Por ahora nos es imposible dar un juicio crítico sobre este libro, por falta de tiempo y de espacio. No dudamos del éxito que tendrá esta obra, dado el acopio intelectual que posee este escritor, que desde hace ya varios años viene publicando en diversos periódicos y revistas, bellísimos artículos sobre libros, autores, o cuestiones literarias de palpitante interés.

«Crónicas Literarias» consta de dos partes.

«La primera— dice el distinguido prologuista— que es una colección de artículos, casi todos de crítica literaria sobre producciones de las más variadas índoles no tiene organismo definido, y no constituiría libro, ni constituye parte de libro, sino por vía de agrupación; la segunda, que es, á nuestro juicio, la más intensa y mejor, comprende un artículo intitulado «Entre Millares de libros»; sobre la Biblioteca Na-

los «camelots du roi» y Mauclair, Hervieu y el hijo de Verlaine; los más desconocidos y los más célebres; desde los escritores hasta las princesas, desde los grandes políticos hasta los dibujantes. Y esta variedad desordenada, sin método alguno y sin prejuicios de tal ó cual casta, contribuye á darle á sus libros ese especial encanto inconfundible de curiosidad y de inquietud, de ensueño y de locura.

Algo hay en las páginas de Soiza Reilly de canallismo y de pícaro que las distingue con ese acento especial, característico e inconfundible de que están perinchidas. Como su estilo no se sujeta á normas ni á cánones retóricos se diría que éste se penetra tan hondamente de la ideología y de la instrucción del artista que se olvida dónde termina aquél y dónde comienza esta. Así, los gestos clownescos de la sensibilidad se erizan de vocablos, vibran y se ductilizan de tal modo que, de poderlos valorizar, se les compararía con cuerdas tensas arpegiadas por dedos enfermos de nerviosidad histérica. De todo lo cual

proviene la resultante de una prosa que remeda contrastes de muecas y de estremecimientos; desarticulada, agena á un ritmo fijo, pero agradable y personísima. Sus libros son lapidarios: malos ó buenos, discutibles ó excelsos, frívolos ó locos; sin características de raza de ninguna especie; sin sello de este ó aquel terruño; sin genuflectiones ante la moral ni ante la patria; divinos ó humanos. Pueden estar más allá del bien y del mal; talvez: pero Juan José de Soiza Reilly podría no firmarlos y serían siempre inconfundibles, suyos hasta en sus defectos, con el blasón de su nombre estampado en cada idea, en cada frase y en cada ladrido lírico lanzado hácia las estrellas.

cional de Chile, y otros dos sobre los conventos de Santo Domingo y San Francisco de Santiago, respectivamente.»

Copiamos el índice;

PRÓLOGO.—Una palabra.—Las Cumbres Inaccessibles.—La Vida Intima de Marie Goetz.—Horas Perdidas.—Juventud.—Las Rimas de Lorenzo Stecchetti.—Cuesta Arriba.—El Japón Moderno.—Un Hermoso Libro.—Algo sobre Iris.—Impresiones de Capitulo.—Almas y Panoramas.—Antonio Fogazzaro.—Buen Humor.—La Disputa del Monumento.—Una Alegría Nueva.—*S'gunda Parte*.—Entre Millares de Libros.—A la Hora del Angelus.—El Convento Máximo de San Francisco.

En cuanto nos sea posible escribiremos más extensamente sobre este interesante libro. Nuestras sinceras felicitaciones al autor.